

Una mirada política a la integración en CARICOM

José Francisco Piedra Rencurrell¹

Aportes, Revista de la Facultad de Economía, BUAP, Año XVIII, Número 49, Septiembre - Diciembre de 2013

La construcción de un nuevo regionalismo, especialmente en América Latina y El Caribe, con un fuerte enfoque hacia una integración que articule a las distintas subregiones del Continente con la exclusión de los Estados Unidos y Canadá, ha ido cobrando auge a partir de las nuevas realidades políticas imperantes generadas por la presencia de varios gobiernos de izquierda, el fracaso de las políticas neoliberales y el rescate del ideario independentista e integracionista de los próceres latinoamericanos.

Ese proceso se da en el marco de la existencia de otros mecanismos de concertación e integración, regionales y subregionales, de diversa naturaleza previamente establecidos, como la Comunidad del Caribe (CARICOM) que, de una forma u otra se insertan dentro del mismo sin perder su identidad aunque adecuando sus políticas y visiones tradicionales a los nuevos tiempos.

A Political Look to the Integration in CARICOM

The construction of a new regionalism, especially in Latin America and the Caribbean, with a strong focus on an integration that articulates the different subregions of the continent excluding the U.S. and Canada, has been gaining momentum from the new prevailing politic realities generated by the presence of several leftist governments, the failure of neoliberal policies and the rescue of the independence and integration of Latin American heroes ideology.

This process occurs in the context of the existence of other mechanisms of coordination and integration, regional and subregional previously established diverse nature such as the Caribbean Community (CARICOM), which, in one form or another are inserted therein without losing identity but adapting their traditional policies and visions to modern times.

¹ Licenciado en Ciencias Políticas en la Universidad de La Habana. Profesor Asistente Adjunto de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana e Investigador de la Cátedra de Estudios del Caribe. Colaborador del Movimiento Cubano por la Paz y la Soberanía de los Pueblos y del Centro de Investigaciones de Política Internacional. Una carrera de 30 años en la diplomacia cubana le permitió conocer diversas regiones del mundo y, en particular, América Latina y El Caribe. Ha dedicado los últimos quince años al estudio y al análisis de los acontecimientos políticos en el área del Caribe. Ha participado en diversos eventos nacionales e internacionales relacionados con los temas que investiga; ha publicado artículos en editoriales nacionales e internacionales que abordan las temáticas políticas caribeñas.

El tema de la integración tiene una muy especial actualidad, en momentos en que se construyen, promueven y proliferan procesos llamados integracionistas en todas las latitudes del planeta, con especial fuerza en nuestro Hemisferio Occidental y concretamente en su región latinoamericana y caribeña.

De hecho, el debate sobre esos procesos, moviliza opiniones, análisis y enfoques diversos no solo a escala nacional sino que los mismos trascienden fronteras y, en muchos casos, se insertan en la confrontación ideológica que se agudiza en nuestra Región en la actualidad, como resultado de la presencia de gobiernos y partidos de izquierda en la conducción de los destinos de sus países y que, amparados en el discurso unificador de los grandes próceres como Bolívar, Juárez, Sucre y Martí, hacen de la unidad regional una condición indispensable para el progreso económico y social.

Economistas, politólogos, historiadores, juristas, medioambientalistas y representantes de muchas otras disciplinas, debaten hoy sobre los alcances de lo que se ha dado en llamar un nuevo regionalismo que, en nuestro contexto geográfico, se correspondería con los

análisis en torno a la Alianza Bolivariana para las Américas (ALBA) y PETROCARIBE; si se tratan de procesos de integración o de regionalización, de concertaciones o colaboraciones solidarias, etc. Similares confrontaciones y búsquedas argumentales proliferan en torno a UNASUR, MERCOSUR y a la CELAC. En el Caribe, el futuro de CARICOM y de su Mercado y Economía Únicos se encuentra sometido a fuerte escrutinio, tanto de parte de los propios actores políticos principales que se nuclean en torno a esa Comunidad del Caribe, como por parte de la Academia local y regional.

A partir de estos procesos que, en muchos casos hoy concentran y sintetizan una buena parte de las posturas y objetivos de la política exterior de los gobiernos de la región, diversos estudiosos de las relaciones internacionales apuntan ya a la construcción de una nueva formación teórica paradigmática relacionada con la Integración, sus realidades y perspectivas.

Evidentemente, se están sentando las pautas para el surgimiento de nuevos paradigmas en las relaciones internacionales que den sustento teórico a esas emergentes realidades políticas que

se manifiestan en la región. En la medida en que los nuevos mecanismos que están actuando se vayan consolidando, en esa misma medida se irán perfilando los postulados teóricos que les den respaldo. De hecho, se habla ya del paradigma de la emancipación cuyos sustentos principales se afinan, en lo político, en una concepción anti-hegemónica, orientada hacia los actores extra regionales y que es promovida y compartida por los propios actores involucrados a escala regional. Al propio tiempo, tienen preeminencia, también, posturas en las que prevalece el respeto a la diversidad dentro de un marco esencial de relacionamiento intrarregional y de una activa y amplia cooperación y solidaridad.

Al respecto, en una visita oficial a Cuba que realizó en julio pasado el Presidente de la República Oriental del Uruguay, José «Pepe» Mujica, fue enfático en significar que: «Es preciso respetar lo distinto. En un mundo que se va estrechando cada vez más, es preciso crear valores de respeto a lo diferente» (Mujica, 2013: 5).

De igual forma, en lo económico, las nuevas propuestas buscan reflejarse en la creación de mayores y más efectivos espacios y opciones de vinculaciones tanto a lo interno de la región, como parece estar sucediendo en la actualidad y, posteriormente, desde la misma hacia otros bloques regionales. Es precisamente el componente económico, junto al político, el otro pilar básico

sobre el que se sustenta esta nueva visión integracionista que se extiende por la región y de la que pocos, por no decir ningún país o gobierno podrá o querrá excluirse. El vicepresidente cubano, José Ramón Machado Ventura, en una intervención ante la Cumbre del ALBA reunida en Ecuador a finales de julio último, apuntaba que «La integración supone garantía de soberanía e independencia para nuestros pueblos» (Machado, 2013: 1-31).

Como se apuntó anteriormente, esos conceptos de unión, concertación, regionalización e integración son objeto de profundas reflexiones y discusiones en la Academia regional y con seguridad se extenderán por bastante tiempo aun, pues estarán sujetas al flujo y eventual reflujó de las correlaciones de fuerzas políticas en la Región. .

De otra parte, el entorno internacional que rodea a estos procesos se mantiene signado por la grave crisis del capitalismo que ha deteriorado a la economía mundial, por la supervivencia de un orden monetario internacional injusto que, sin embargo, permanece intocado y por la permanencia de estructuras financieras internacionales como el FMI y el BM mas dominantes, frente a una ausencia total de acciones de parte de la Organización Mundial del Comercio (OMC) (Estay, 2013).

Esto hace que se plantee la necesidad de una nueva arquitectura económica regional para América Latina y El Caribe que proporcione respuestas efec-

tivas ante las crecientes demandas de las sociedades de la región y que, junto a la presencia de gobiernos progresistas y comprometidos con el bienestar de sus grandes mayorías, favorezcan la construcción de procesos políticos, económicos, comerciales y de cooperación en los que tengan mayor centralidad las relaciones de interdependencia y de complementariedad intrarregionales.

Una voluntad política definida, extendida y compartida por la mayor parte de los gobiernos de la región, ha facilitado y propulsado el avance de estas nuevas formaciones regionales y subregionales que están fuertemente sustentadas en el reconocimiento de la unidad en la diversidad.

Como ya se indicaba, la presencia de gobiernos de izquierda y progresistas ha jugado un rol muy influyente en la construcción de este nuevo regionalismo, más autóctono por excluir a los Estados Unidos. Adicionaría, además, el estímulo que a la construcción de estos proyectos de integración ha dado el fracaso de las políticas neoliberales que no trajeron las esperadas mejoras para las grandes mayorías.

A eso habría que agregar el rescate, por muchos de los gobiernos latinoamericanos y caribeños, de la valoración histórica unitaria e integracionista que preconizaron los adalides de las luchas independentistas en el Continente. Sin dudas, eso ha posibilitado también abrir el diapasón de adhesiones a esa corriente y que gobiernos y fuerzas políti-

cas de signos ideológicos diferentes sean proclives a incorporarse a estos mecanismos de concertación unitarios.

Sin embargo, es justo reconocer que esos empeños que hoy se observan en el Continente han tenido precursores en instituciones subregionales de corte más o menos similar que tuvieron como denominador común un carácter más genuinamente latinoamericano y caribeño.

Al respecto, los investigadores cubanos Elier Ramírez y Esteban Morales, evaluando la coyuntura política latinoamericana a comienzos de la década del 70, apuntaban que: «en materia de integración también se dieron notables avances que excluyeron o limitaron la presencia de los Estados Unidos. El 25 de mayo de 1969 fue creado el Pacto Andino, integrado inicialmente por Bolivia, Ecuador, Perú y Venezuela incorporándose Colombia en 1973. En ese propio año se fundó la Comunidad del Caribe (CARICOM) y la Organización Latinoamericana de Energía (OLA-DE) concebida para instrumentar la integración latinoamericana en ese campo. En 1975, promovido por México y Venezuela, nació el Sistema Económico Latinoamericano (SELA), primera agrupación continental completamente fuera de la órbita de dominación de los Estados Unidos.» (Ramírez y Morales 2011: 33)

No podemos dejar mencionar en este recuento a la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI) fun-

dada en Montevideo, Uruguay, en 1980 y a la Asociación de Estados del Caribe (AEC) que vio la luz en 1994 en Cartagena de Indias, Colombia, las que también son instituciones que han promovido y promueven, con mayor o menor éxito, el intercambio, la concertación y la integración regional.

Si intentáramos verlo todo como un proceso continuo, concluiríamos que se trata de un empeño continental para la construcción institucional de modelos de integración el cual lleva poco más de cuatro décadas y que no se agota en el tiempo sino que se renueva, ahora, bajo condiciones y coyunturas políticas más favorables. Varios académicos caribeños acotan la existencia de un viejo y un nuevo regionalismo.

Al referirnos al Caribe, es un hecho que la Comunidad del Caribe, generalmente conocida como CARICOM,² es uno de los proyectos integracionistas más antiguos de la región.

Cualquier análisis serio que sobre esta parte del Caribe se pretenda realizar, deberá partir siempre del reconocimiento a las vulnerabilidades de diverso tipo que han impactado e impactan los comportamientos políticos tanto internos como externos de estas

Naciones

La mayoría de estas ínsulas caribeñas exhiben un pobre desarrollo económico derivado de la escasez de recursos naturales que le ha imposibilitado incluso ser exportadores netos de materias primas aun luego de la independencia y después de haberse, de cierta forma, extinguido el sistema de economía de plantación. Solo Trinidad y Tobago con sus recursos petroleros, Barbados con los negocios off-shore y en menor escala Jamaica, con su bauxita y alguna producción azucarera, han podido mostrar indicadores económicos de cierta consideración.

La naturaleza, en cambio, les proporcionó condiciones consideradas por algunos como paradisíacas para el turismo que, en buena parte de las naciones caribeñas, constituye la principal fuente de ingresos, aun con la volatilidad de esa industria comúnmente sometida a los impactos negativos ocasionados por desastres naturales o, como acontece en los últimos años, por la crisis económica internacional desatada en los Estados Unidos (principal emisor de turismo hacia el área) y extendida a otras naciones desarrolladas.

Las vulnerabilidades de carácter medio ambientales también han de tomarse muy en cuenta, pues se trata de pequeñas Islas ubicadas geográficamente en la ruta más usual de los huracanes tropicales que durante una buena parte del año se forman y transitan por esta zona. Son más que evidentes los estra-

² La nómina de la Comunidad la integran 14 naciones y un territorio aun bajo estatuto colonial: Antigua y Barbuda, Bahamas, Barbados, Belice, Dominica, Granada, Guyana, Haití, Jamaica, Santa Lucía, St. Kitts y Nevis, San Vicente y las Granadinas, Suriname y Trinidad Tobago como Estados independientes y Monserrate, como territorio dependiente.

gos que habitualmente causan estos fenómenos atmosféricos en naciones de poco desarrollo económico y con marcadas insuficiencias de carácter tecnológico y de preparación de sus sociedades en materia de protección y de defensa civil.

No son ajenas, tampoco, a los crecientes efectos negativos del cambio climático y, muy especialmente, a la erosión de sus playas y al aumento de los niveles del mar por solo citar un par de factores que acechan peligrosamente sobre porciones nada despreciables de sus pequeños territorios.

Todos estos factores económicos y naturales adversos han determinado y continúan determinando la marcada dependencia caribeña de externalidades de carácter económico, comerciales y tecnológicos y de defensa, lo cual necesariamente ha influido en la construcción de los imaginarios que prevalecen sobre el área y en la formación de las estructuras y visiones políticas propias que en ella se dan. Entre estas, ocupa un lugar cimero la necesidad de unirse para mejor enfrentar tales adversidades.

De manera que esta condición devino uno de los requerimientos más peyoratorios para los nuevos Estados independientes del Caribe que no vieron ni tenían otra opción que integrarse si querían sobrevivir como tales. Aun antes del advenimiento a la Independencia a partir de 1962, se dio un proceso unificador iniciado a finales de la década

de los 50 e inicios de los sesenta, que contó con el visto bueno y hasta con la promoción de la metrópoli colonial. Se trató de la Federación de las Indias Occidentales, proyecto que finalmente no prosperó, en cierta medida, al no estar dadas todavía las condiciones más propicias para un propósito de tanta envergadura y en lo que debió haber influido también el hecho de que la idea surge casi en los albores mismos del inicio del proceso de descolonización en el área (Piedra, 2007: 115).

La lógica de los acontecimientos pudo haber indicado la inviabilidad de materializar tal propuesta antes de acceder al estatuto de Naciones independientes y, consecuentemente, comenzar a experimentar con los mecanismos propios de construcción institucional de sus respectivas sociedades y Estados en correspondencia con las realidades específicas de cada una de las naciones emergentes. No obstante, el fracaso de la Federación no hizo desaparecer el germen de la unidad regional el cual continuó siendo defendido por importantes líderes políticos de entonces como el trinitario Eric Williams³ quien llegó a firmar rotundamente que «... El Caribe, al igual que todo el mundo tendrá que federarse o colapsará» (Williams, 2011: 101).

³ Eric Williams (1911-1981) destacado intelectual y político quien se desempeñó durante varios periodos como Primer Ministro de Trinidad y Tobago (Nota del Autor)

Hay autores que consideran a ese proyecto federativo como el embrión del proceso integracionista que hoy se asienta y desarrolla en el área y al que nos referiremos más adelante.

De manera que, en la formación de sus estructuras de funcionamiento interno, las naciones del Caribe anglófono, aunque absolutamente independientes entre si y cada una de ellas con respecto a la ex metrópoli, decidieron mantener determinados vínculos de comunidad que les propiciaran la necesaria identidad colectiva y fuerza para avanzar por la senda del desarrollo regional en todos los órdenes posibles.

Ya en 1972, los entonces líderes de la Commonwealth caribeña decidieron transformar la Asociación Caribeña de Libre Comercio (CARIFTA por sus siglas en inglés) fundada en la segunda mitad de la década del 60, en un Mercado Común y establecer de esa forma la Comunidad del Caribe o CARICOM de la cual el propio Mercado Común sería su componente integral (CARICOM, 2007).

La firma del Tratado estableciendo la CARICOM tuvo lugar en Chaguaramas, Trinidad y Tobago, el 4 de julio de 1973 (CARICOM, 2007) y esa fecha marcó un momento trascendental y definitivo para la historia de la Región pues significó un escalón superior en los empeños integracionistas que continuaban impulsando las Naciones y sus líderes políticos.

Se trataba con eso de superar los

límites establecidos por CARIFTA como un área intracaribeña de libre comercio exclusivamente, para amplificar esa vital relación a nuevas interdependencias multilaterales y proyectarlas hacia otras áreas no menos importantes que la comercial como serían el libre flujo de capitales y fuerza de trabajo y las necesarias coordinaciones de políticas en sectores como la agricultura, la industria y la política exterior.

Según los objetivos programáticos de la CARICOM (2007a), que aparecen reseñados en sus documentos constitutivos, entre sus principales propósitos se encuentran:

- La aceleración en forma convergente del desarrollo económico coordinado y sostenible.
- La expansión de las relaciones económicas y comerciales con terceras naciones
- El incremento de los niveles de competitividad internacional.
- El aumento de la producción y de la productividad.
- El logro de un alto nivel de participación e influencia económica y efectividad de los Estados Miembros en sus relaciones con terceros Estados, grupos de Estados y entidades internacionales de cualquier tipo.
- El fortalecimiento de la coordinación entre los Estados Miembros en torno a las políticas exteriores y económicas internacionales y
- El establecimiento de la coopera-

ción funcional entre los Estados Miembros.

En la consecución de estos y otros objetivos de largo alcance en las áreas de la política, la economía, las finanzas, el transporte, la seguridad, el medio ambiente y los desastres naturales, los países del Caribe anglófono agrupados en la CARICOM han podido articular mecanismos válidos de coordinación de posiciones a través de la creación y las reuniones periódicas de Órganos como el Consejo de Comercio, Economía y Desarrollo (COTED por sus siglas en inglés) y el Consejo para las Relaciones Exteriores y Comunitarias (COFCOR) entre otros, así como el segmento de más alto nivel que se materializa en las Cumbres Intersesionales y Ordinarias de Jefes de Gobierno de la Comunidad.

La reunión Intersesional de mandatarios se efectúa una vez por año, generalmente a comienzos del mismo y tiene la finalidad de chequear, controlar, promover, estudiar y modificar cuando sea necesario, los acuerdos y decisiones adoptadas en la Cumbre Ordinaria última que, por lo general, se realiza a principios de julio en un país miembro diferente. De ahí la Presidencia rotatoria semestralmente que distingue al mecanismo.

Estas Conferencias de Jefes de Gobierno constituyen el eslabón político supremo de la Comunidad Caribeña en la cual impera el consenso en la toma de decisiones.

En el 2001 y luego de un proceso de análisis de lo logrado hasta la fecha, los líderes caribeños decidieron la revisión del Tratado de Chaguaramas dando lugar a que el objetivo principal del Mercado Común fuera ampliado ahora hacia la búsqueda del Mercado y Economía Únicos, lo que sin dudas representaba un estadio superior, mas abarcador, de los empeños integracionistas de los caribeños, al tiempo que se pretendía acelerar el camino hacia la integración (Girvan S/F/). Una nueva etapa se iniciaba dentro del proceso integracionista regional.

En lo político, que es la esfera que nos ocupa en este trabajo, una de las características principales que se ha mantenido como prevalente entre las Naciones del área, es que la mayoría de los Gobernantes y líderes políticos regionales han abrazado, estimulado y respaldado la voluntad integradora por encima de matices y enfoques sobre determinados aspectos de los que conforman la agenda del Mercado y Economía Únicos.

Bahamas por ejemplo, ha mantenido su reticencia a adherirse a determinados Protocolos relacionados con el libre tránsito de personas y capitales establecidos por CARICOM pero no se ha opuesto a ellos facilitando el necesario consenso para echarlos a andar.

De manera que, aun con la alternancia en los Gobiernos nacionales de partidos políticos con diferentes signos y estrategias de política doméstica, lo cual

representa una de las regularidades más características de los sistemas políticos del Caribe angloparlante, la necesidad de la integración se presenta como elemento superior que no está ni siquiera puesto a discusión en las campañas electorales nacionales.

La virtual ausencia de referencias al proceso integracionista en las plataformas políticas de los diferentes partidos que operan en el espectro de naciones del Caribe angloparlante, no debe interpretarse como falta de interés o de atención sino más bien como el reconocimiento a que es un tema que no está sujeto a manipulaciones ni veleidades políticas coyunturales de carácter interno. En la práctica sería demostrativo del más amplio consenso político.

No obstante, esta ausencia impacta en cierta medida en el manejo o conocimiento efectivo del público caribeño sobre el estado del proceso integracionista regional lo que puede traducirse en un desinterés por lo que en tal sentido sus Gobiernos están realizando.

Como sucede en la mayoría de los casos donde no se construyen mecanismos efectivos de comunicación pública para que la información sea amplia y accesible a todas las capas de la sociedad, las dinámicas de la sobrevivencia doméstica prevalecen sobre aquellos sucesos o acontecimientos de carácter externo que por lo general, la población excluye de su atención.

En el documento de proyecciones estratégicas elaborado por el ex Secre-

tario General de la Asociación de Estados del Caribe, Profesor Norman Girvan y un equipo de expertos de CARICOM, se admite la gran falta de información y de dominio público del tema entre los ciudadanos de la región, así como grandes lagunas de credibilidad, suspicacias y recelos derivados de sentimientos nacionalistas. Y el documento en esta parte es conclusivo al afirmar que «... mientras que la implementación se continúe quedando detrás de los compromisos asumidos, la credibilidad en el proceso de integración continuará estando sometida a fuerte presión» (Girvan, S/F).

Ciertamente, la prolongada demora en echar a andar definitivamente el Mercado y Economía Únicos, como proyecto esencial de CARICOM, ha generado críticas y puede ser que hasta desilusiones entre diversos sectores de las sociedades caribeñas. Tal situación ha provocado que el proyecto haya estado sometido a fuerte criticismo de parte de los propios líderes caribeños, en algunos casos más que en otros. Pero aun así, no puede afirmarse que la deserción en relación con el proyecto sea lo que este prevaleciendo.

La anterior afirmación sería una vez más confirmada cuando observamos que el tradicional bipartidismo, sobre el que mayoritariamente se sustenta la alternancia política en los Gobiernos de las naciones caribeñas, no ha provocado ruptura con las bases y el espíritu políticos fundacionales que dieron ori-

gen a la Comunidad. Gobiernos de signos políticos más conservadores que sus predecesores, no tuvieron ni tienen entre sus propósitos introducir cambios sustantivos y modificaciones a la visión política general que existe sobre el proceso integracionista regional sino se han focalizado en asuntos de funcionamiento de la Secretaria y en el cuestionamiento y la reformulación de

las estrategias adoptadas para alcanzar el objetivo de establecer el Mercado y Economía Únicos.

A principios de julio pasado, los líderes caribeños reunidos en la 34 Cumbre Ordinaria de la Comunidad, en Puerto España, Trinidad y Tobago, dedicaron una sesión solemne a conmemorar los 40 años de la creación de ese mecanismo que fue considerado, entre otros por la Primera Ministra trinitaria Kamla Persad-Bissessar, como «el más antiguo movimiento de integración en el mundo subdesarrollado» (Persad-Bissessa, 2013).

La mayoría de los líderes caribeños que intervinieron con motivo de tan relevante efeméride, destacaron la vigencia del pensamiento de los padres fundadores de la Comunidad sobre la integración como un proceso necesario e indispensable para la supervivencia de la región.

Así, la primera Ministra de Jamaica, Portia Simpson Miller, significó que «... la construcción de CARICOM vista a lo largo de estos 40 años, está enraizada en nuestra historia, geografía y cul-

tura y en muchas otras de nuestra costumbres, por lo cual su existencia y sobrevivencia continúan siendo fundamentales.» (Simpson, 2013).

Más adelante, la Jefa de Gobierno jamaicana apuntaba que CARICOM era más que una organización o un mecanismo, sino que representaba las visiones y aspiraciones de los padres fundadores de lograr una región integrada que proveyera las mejores oportunidades para el desarrollo económico y social y expresaba el compromiso de los nuevos líderes caribeños de mantener esa visión ante las actuales y próximas generaciones para el beneficio del pueblo caribeño (Simpson, 2013). Y apuntaba finalmente que «con independencia de sus desafíos, CARICOM permanece como el movimiento de integración más altamente desarrollado en el mundo» y concluía con una contundente aseveración al decir que «Integración es un proceso no un evento» (Simpson, 2013).

Los contenidos esenciales de esas breves citas, dan la medida de la permanencia de:

- Una visión de integración que refleja un compromiso de continuidad.
- El apego al ideario ideológico que sobre la integración guio a los padres fundadores de la Comunidad.
- El Reconocimiento a la necesidad de mantener la unión frente a las vulnerabilidades y la demostración

de una voluntad política de evolucionar y de ir hacia un proyecto más acabado.

Como apunté anteriormente, CARICOM se encuentra bajo la lupa escurridora de sus actores principales, que muestran inconformidades y hasta ansiedades por lo que consideran mucha lentitud en el logro del proyecto básico que es el de establecimiento y la implementación del Mercado y economías únicos (CSME). Sin embargo, se aprecia ya, desde mucho antes de que la Comunidad arribase a sus 40 años de edad, el empeño por eliminarle muchos de los lastres e insuflarle nuevos bríos que le permitan un avance más acelerado en correspondencia con las presentes circunstancias mundiales.

Al respecto, el Secretario General Larocque apuntaba en la apertura de la 34 Cumbre Ordinaria de CARICOM que: «dentro del contexto de un mundo siempre en evolución, es obligatorio que reflejemos en nuestro camino la necesidad de mantenernos adelante en el juego» (Lorocque, 2013).

En la misma dirección, el alto funcionario caribeño significaba el proceso de reforma a que se encuentra sometida la Secretaría General a su cargo y la aprobación por primera vez de un plan estratégico quinquenal para la Comunidad. Tal proceso en el que se destacan entre otros, los conceptos de relevancia, eficiencia efectividad, responsabilidad, innovación y creatividad dirigidas a fortalecer el servicio al pueblo

del Caribe, se convierte hoy en el objetivo central del proyecto. Y concluía aseverando que la «Integración en la Comunidad del Caribe no es un ideal esotérico sino una indispensable realidad» (Lorocque, 2013).

De lo que no hay dudas es que a 40 años, CARICOM exhibe notables avances en varios de los temas que constituyen los cuatro pilares básicos sobre los que se ha sostenido y sostiene ese proyecto integracionista como son: Integración Económica, Desarrollo Social y Humano. Coordinación en Política Exterior y Cooperación en Seguridad, los cuales, al decir del Secretario General, han posibilitado el crecimiento de la Comunidad y el aporte de beneficios a través del Mercado Único, la salud, el manejo de desastres, la educación y la cooperación técnica con terceros países, entre otros logros (Lorocque, 2013).

En particular, en materia del comercio intrarregional se destaca que el proceso de integración ha facilitado y actuado como un catalizador en el comportamiento ascendente de tan importante indicador. Según cifras contenidas en un documento de la Secretaría General del 29 de julio del 2013, el comercio entre los Estados miembros de CARICOM durante el periodo comprendido entre 1973 y el 2011 significó el 17,2% del total de las exportaciones y las importaciones de la subregión, cuyo principal socio comercial continúa siendo los Estados Unidos (CARICOM, 2013).

Asimismo, el mecanismo ha tenido éxitos en la construcción y puesta en funcionamiento de instituciones estructuradas bajo un esquema de integración como serían la Agencia Caribeña para el manejo de Desastres (CDERA), la Unión Caribeña de Televisión (CBU), el Banco Central del Caribe (CCB) la Corte Caribeña de Justicia y otros.

Es en todo ese contexto apuntado hasta aquí, que se produce al unísono pero de manera paulatina, la aproximación cada vez más creciente de El Caribe como subregión y, en particular de su parte angloparlante, a varios de los proyectos actuales de integración que se dan en América Latina, lo cual marca una nueva tendencia hacia el relacionamiento más efectivo del área caribeña con Latinoamérica. Es un hecho, que esa creciente presencia caribeña estaría marcando un hito importante en la historia de las relaciones de los países del área con la parte latinoamericana del Continente pues ocurre en un momento favorable para lograr una más efectiva relación bilateral y multilateral que genere los esperados espacios donde los caribeños puedan encontrar, de una vez por todas, a los interlocutores válidos que reconozcan las asimetrías de desarrollo que tienen en comparación con las demás naciones del Hemisferio y que, en consecuencia, reciban un tratamiento más acorde con sus requerimientos económicos y comerciales.

Ese involucramiento creciente de

países miembros de la Comunidad del Caribe (CARICOM) en los nuevos espacios regulares latinoamericanos como PETROCARIBE, UNASUR, MERCOSUR, ALBA y CELAC se produce a partir de un contexto, como el analizado en el que CARICOM tradicionalmente ha privilegiado una visión anglo-céntrica en sus relaciones externas.

Sin lugar a dudas, los cambios que se han venido dando en la región no han pasado inadvertidos para los gobernantes caribeños quienes, de una manera u otra, se han beneficiado de las nuevas visiones de cooperación y solidaridad regional de las que no han sido excluidos. Debe tomarse en cuenta, al propio tiempo, que el tradicional pragmatismo anglo caribeño y la mirada a las posibilidades de nuevas ventanas de oportunidades para su desarrollo han sustentado, más allá de lo ideológico, esta nueva aproximación hacia América Latina. De manera que es posible apreciar estas posturas muy estrechamente relacionadas con el tradicional pragmatismo caribeño en la búsqueda y consecución del necesario y justo reconocimiento a sus vulnerabilidades.

Se observan dos procesos que, en cierta medida, parecen ir de la mano y complementarse. Por una parte, se estructuran nuevas formaciones de unión y concertación política y de cooperación a nivel de la porción geográficamente más grande de la región, mientras que, por la otra, se incentiva, como una necesidad histórica concreta

del momento actual, la participación de El Caribe en los mismos. En correspondencia, se aprecia el creciente interés caribeño por involucrarse en esos nuevos mecanismos, lo cual evidenciaría el reconocimiento a la importancia de su presencia y participación junto a América Latina en estos momentos históricos. Tal aproximación se produce de manera mesurada y cuidando no dar la espalda ni comprometer su pertenencia a su proceso integracionista fundacional que, como ya hemos visto, continúa siendo CARICOM.

Es precisamente ahí donde se ubicaría el núcleo duro de lo que algunos llaman una nueva orientación de política exterior por parte los Estados miembros de CARICOM.

Debe admitirse que, en un principio, esa participación caribeña en los mecanismos señalados ha sido y, presumiblemente, continuará siendo moderada, pues no puede obviarse, como ya se mencionó anteriormente, que ellos (los caribeños), cuentan con su propio proyecto integracionista, al cual, aun con dificultades y reservas, continúan apostando. Por eso no es de esperar, en lo inmediato alguna participación protagónica del Caribe dentro de esos mecanismos aunque ello mucho dependerá también de los espacios que Latinoamericana les conceda. La decisión de la CELAC de incorporar a su troika al país Presidente de turno de CARICOM vendría a confirmar esa última aseveración.

Es de esperar que en ese nuevo contexto regional, la relación multilateral continuará siendo uno de los ejes fundamentales de la política exterior de los países de la Comunidad del Caribe, sobre todo, en términos estratégicos. Es previsible que las potencialidades de un mayor acercamiento y de una relación más beneficiosa con América Latina superarán a los desafíos. América Latina necesita incorporar al Caribe a este nuevo regionalismo como elemento indispensable y demostrativo de una unidad continental y para evitar alguna fisura que brinde espacios intervencionistas a los Estados Unidos. Y, como ya se ha apuntado, El Caribe deberá beneficiarse de su participación mas estrecha dentro de estos mecanismos sobre todo desde el punto de vista de cooperación más que de concertación política propiamente.

No obstante, en lo bilateral también deberán registrarse avances en particular con Venezuela, Brasil y México. Con la República Bolivariana, la decidida política de acercamiento y solidaridad hacia El Caribe conducida por Chávez permitió superar determinados espacios de desconfianza que permearon la relación antes de la V República. Sin embargo, su desaparición física genera expectativas entre los caribeños, sobre las posibilidades de continuidad efectiva de la participación venezolana en esos procesos.

Con Brasil, si bien el relacionamiento resulta algo distante aun, es cierto

que los vínculos en lo bilateral han registrado avances a partir de políticas de acercamiento desarrolladas por los Gobiernos de Lula y mantenidas por su sucesora, con el desarrollo de varios proyectos económicos importantes como el del etanol y otros de infraestructura. Las fronteras con Guyana y Suriname representan elementos muy favorables a la ampliación de las relaciones de Brasilia con esas naciones caribeñas continentales, no solo en los ámbitos económico-comercial y de cooperación sino también en el orden político.

Tal relación deberá potenciar, además, la participación de ambas naciones en los procesos de integración e que se dan en la parte sur del Continente, en especial en UNASUR y MERCOSUR.

En el caso de México, es conocido que El Caribe se inserta en la estrategia de política exterior del Gobierno del PRI por reconquistar su influencia activa en toda la Región.

En términos de CARICOM, estas nuevas dinámicas e interacciones del regionalismo latinoamericano deberán ampliar la capacidad de la concertación intracaribeña, como ya se puso de manifiesto con la negociación para posibilitar las adhesiones individuales de los Estados Miembros a PETROCARIBE, al ALBA, y a UNASUR.

Sin embargo, es justo pensar que ante esa nueva realidad, puedan abrirse determinados desafíos para CARI-

COM desde diversas dimensiones y sobre todo en lo que hace a la estructuración de posiciones en materia de política exterior. Uno de los retos mayores para los Estados miembros de CARICOM será el armonizar sus posiciones sobre determinados asuntos de política exterior, consensuadas al interior de la Comunidad, con aquellas que el ALBA, la CELAC y otros aprueben asumir. Desde ese prisma, es probable que los caribeños traten de soslayar, por la vía diplomática, siempre que les sea posible, el comprometimiento con determinadas posiciones políticas de connotada beligerancia frente a los Estados Unidos y otros actores extrarregionales con los que los caribeños mantienen estrechas y normales relaciones.

Hace poco tiempo debí someterme a un cuestionario sobre muchos de estos temas y respondiendo a una pregunta en cuanto a mi valoración en el caso de la CELAC sobre la participación y perspectivas de los países de CARICOM en ese esquema, teniendo en cuenta determinadas posiciones asumidas por estos y consideradas por algunos como controversiales, reiteraba que, a mi juicio, esas serán circunstancias que siempre estarán presentes en la conducta de los caribeños y añadía que lo que mejor puede suceder es que las naciones no caribeñas de CELAC tengan la mayor comprensión de las vulnerabilidades de todo tipo que enfrentan esos pequeños Estados nacionales y no los presionen a adoptar po-

siciones distantes de sus postulados y principios básicos en política exterior.

Hay que admitir además que, en un contexto mundial de incesantes desafíos para la paz y la estabilidad mundiales, los países miembros de CARICOM deberán preservar a toda costa la capacidad de concertación de políticas a lo interno de su propio mecanismo como vía para continuar potenciando sus márgenes de negociación frente a terceros. ¿Cuánto de esto podrán encontrar en CELAC y en algunos de los otros mecanismos a los que se han adherido recientemente? Está por ver, pues mucho dependerá de la capacidad que los latinoamericanos manifiesten para reconocer y atender los intereses también políticos de los caribeños.

Debe tomarse muy en cuenta que uno de los mayores obstáculos para una inserción más rápida y plena de los caribeños en esos mecanismos de concertación podría ser el surgimiento de nuevas políticas de Washington dirigidas a distraerlos de este nuevo momento de su relación con América Latina.

Visto desde otro ángulo, es de esperar que la pertenencia caribeña a CELAC, ALBA y otros deba contribuir a que estos amplíen su capacidad como grupo para colocar temas de interés propios en las agendas multilaterales de la región propiciándoles una mayor comprensión y beneficios hacia sus intereses y necesidades.

En general, se aprecia que, durante el último lustro, la política exterior de

algunos países de CARICOM ha podido establecer y desarrollar de forma inteligente y cuidadosa sinergias importantes hacia los nuevos procesos integracionistas que se están dando en la Región. Tal es el caso de la antes mencionada inserción de Guyana y Suriname en los espacios de integración y concertación sudamericanos y las de Antigua y Barbuda, Dominica, San Vicente y las Granadinas y Santa Lucía en el ALBA y de estos, junto a otros más, en PETROCARIBE. En tal sentido, es importante que esas naciones caribeñas continúen observando que de la parte latinoamericana exista comprensión y, sobre todo, disposición y capacidad para articular políticas de cooperación diferenciadas hacia El Caribe y de respeto a su independencia y soberanía como Estados independientes.

Eso resultara un elemento clave que posibilitara salvar y superar las diferentes percepciones que ocasionalmente puedan producirse ante determinados asuntos o situaciones de la política internacional.

En particular, el ALBA ha avanzado bastante en esa dirección y con la reciente adhesión de Santa Lucía en la Cumbre del mecanismo celebrada a fines de julio del presente año en Guayaquil, Ecuador, suman ya 4 las naciones anglo caribeñas miembros plenos del mismo. Podrían esperarse, en el futuro nuevas incorporaciones procedentes de CARICOM, en particular, las de Haití, y Granada.

En todo ese contexto, las relaciones de respeto, amistad y mutua solidaridad de Cuba con los países miembros de CARICOM y también con el concierto latinoamericano, podrán viabilizar el logro de la mejor inserción de las naciones caribeñas en los nuevos mecanismos de integración en los que así deseen participar.

Cuba, ante sus hermanos del Caribe y, especialmente de los de CARICOM, cuenta con el necesario prestigio político - diplomático y el respeto que constituyen fortalezas que deben estimular la progresiva adhesión caribeña a esos mecanismos.

Asimismo, la mayor de las Antillas ha sido uno de los más claros ejemplos de solidez y unidad de los caribeños, traducido en su firme postura de oponerse, de manera sistemática, al bloque económico, comercial y financiero que durante más de 40 años los Estados Unidos han impuesto al pueblo cubano. De igual forma, han defendido con fuerza y sin cortapisas el derecho de Cuba a integrarse plenamente en la región y se han opuesto vigorosamente al aislamiento que los gobiernos de Washington han pretendido imponerle a La Habana.

En tal sentido, la MSC Milagros Martínez, de la Universidad de La Habana, analiza la evolución de las relaciones cubano-caribeñas en las últimas décadas afirma que «Cuba es considerada por los caribeños como parte inequívoca de la Región. Se le reconoce

su activa y solidaria proyección hacia el Tercer Mundo, sus posiciones contra el racismo y el colonialismo, sus amplias relaciones con los países africanos; amén de la sensibilidad mostrada por la presencia del factor etnoracial – la común raíz africana- como elemento integrante de nuestra nacionalidad» (Martínez, 2007).

Más adelante, la autora apuntaba que «A la mayoría de los países caribeños les resulta novedoso e interesante que los cubanos desarrollen un proyecto social diferente, alternativo y que, a pesar, de los múltiples y complejos problemas que ha tenido que enfrentar, Cuba exhiba indicadores socioeconómicos que atestiguan sus éxitos. Por ello siguen con atención creciente el modelo de desarrollo ensayado por la Isla. Es así como sus relaciones con la mayor de las Antillas están marcadas también por sus deseos de beneficiarse de los logros cubanos, paradigmas reconocidos en las áreas de la educación, la salud, los deportes, la ciencia y la tecnología. Es precisamente este interés el que sustenta, en gran medida las bases de una activa cooperación Sur-Sur entre la Isla y la región caribeña de la que ella forma parte» (Martínez, 2007).

Pero no ha sido la de Cuba la única posición políticamente valiente asumida por CARICOM, en términos de oposición a las políticas y visiones hegemónicas agresivas de los Estados Unidos. Ahí está la negativa a condonar la agre-

sión a Iraq y los claros pronunciamientos caribeños al respecto, los que, en su momento, irritaron a Washington.

Con mayor vehemencia aun por haber sido afectados directamente en uno de sus miembros, CARICOM expresó su total rechazo a la invasión norteamericana a Haití y a la forma en que los norteamericanos sacaron del país al entonces Presidente constitucional de esa Nación, Jean Bertrand Aristide, a comienzos de la década pasada.

Ni con Cuba ni con Iraq ni con Haití, los caribeños se doblegaron ante el disgusto y la molestia imperial y fueron capaces de expresar su disenso de esas políticas de Washington, lo cual debe serles reconocido con honestidad. Ha sido precisamente esa efectiva coordinación de política exterior a lo que los caribeños han llamado el Tercer Pilar de la integración.

En uno de los documentos programáticos de CARICOM ya citado, se expresa que « la Coordinación de Política Exterior, está dirigida a fortalecer a la Comunidad del Caribe en sus negociaciones con el mundo exterior, incrementa su capacidad para realizar acuerdos que favorezcan el desarrollo de sus objetivos y fortalezca y estimule la identidad y la capacidad colectiva de los Estados miembros de CARICOM en sus interacciones con la comunidad mundial» (Girvan, S/F: 10)

Los otros dos pilares que sustentan hoy el proyecto integracionista de CARICOM serían en ese orden: el Merca-

do y Economía Únicos y la Cooperación Funcional. Más recientemente, un cuarto pilar fue incorporado al proceso de integración caribeño y tiene que ver con la cooperación en el ámbito de la Seguridad.

Se trata de un tema sumamente delicado para los caribeños por la vulnerabilidad geográfica, económica y técnica tradicional de estos para enfrentar esos asuntos y, sobre todo, los relacionados con el combate al narcotráfico y el tráfico ilegal de armas, a los que vino a sumarse el terrorismo a partir de los atentados a las Torres Gemelas en Nueva York y las controversiales políticas asumidas por la Casa Blanca para pretendidamente combatir a ese flagelo.

Este tema ha sido uno de los preferidos por Washington para presionar sobre sus vecinos de su llamada «tercera frontera», aunque a su vez, los caribeños lo utilizan para demandar de Estados Unidos mayores niveles de cooperación en ese sensible campo.

Esta doble visión de intereses hace de la cooperación en asuntos de seguridad un área en la que se han producido y, es de esperar, que continuaran reproduciéndose, espacios para una incrementada presencia militar de los Estados Unidos en la región contando, obviamente, con la anuencia de los Gobiernos..

No cabe duda de que estamos ante una relación compleja y multifacética que en lo político se distancian, ocasionalmente, como resultados de las polí-

ticas imperiales de los Estados Unidos, las que por lo general son rechazadas por los caribeños pero sin entrar en abiertas confrontaciones con Washington.

Sin embargo, a la atención de estos no escapa el hecho de sus ya mencionadas vulnerabilidades que los hacen dependientes y expectantes de los resultados de las políticas norteamericanas para el área como las Iniciativas para El Caribe lanzadas y renovadas por Washington en varias ocasiones así como de los avances tecnológicos y de la existencia de un importante flujo migratorio caribeño hacia el país del norte.

Precisamente, en el tema migratorio también se dan visiones simultáneas pero diferentes pues, de una parte, la deportación indiscriminada de ciudadanos caribeños con antecedentes penales desde los Estados Unidos impacta negativamente sobre los niveles de criminalidad que imperan en los países del área ante la incapacidad de los Gobiernos para enfrentarla y ponerla bajo control y, de otra, los niveles de remesas exportados por la diáspora caribeña que constituyen un componente esencial para el funcionamiento de las economías de la Región.

De manera que estas políticas que hoy asume El Caribe en su vinculación a los espacios de integración latinoamericanos, hay que verlas no solo desde el punto de vista del pragmatismo económico tradicional que las anima sino también, en lo político, como una nue-

va expresión de independencia.

Conclusiones

El análisis hasta aquí realizado, permite arribar a varias conclusiones, entre las cuales destacamos como más relevantes las siguientes:

- Los países del Caribe anglófono deben enfrentar los retos de un desarrollo sostenible en un mundo globalizado y donde los intereses geopolíticos de los Estados Unidos en primer lugar los acechan y amenazan sistemáticamente, sin grandes perspectivas de que les sean satisfechas sus demandas económicas y comerciales.
- La dicotomía política en la que estas pequeñas naciones deben desenvolverse en sus vínculos con los Estados Unidos y la Unión Europea como sus más importantes socios ha encontrado, en cierta medida, un equilibrio en la adopción de posiciones valientes sobre todo en materia de política exterior que marcarían su voluntad soberana.
- Desde esas perspectivas, el nuevo regionalismo anti hegemónico que se construye en América Latina, representa también una opción válida para ellos y les ofrece la posibilidad de lograr, mediante una mayor aproximación bilateral y multilateral a los países y procesos integracionistas, la satisfacción de sus requerimientos de desarrollo.
- En los empeños latinoamericanos

por construir una integración regional más completa y acabada, la presencia de El Caribe resulta de fundamental importancia estratégica y geopolítica por tratarse de un número de Estados independientes y soberanos con presencia propia en el escenario internacional y con intereses vitales favorables a la integración.

- Especial relevancia en esta (re) aproximación entre El Caribe y

América Latina tendrán las sinergias que se construyan entre ambas sub- regiones, en aras de lograr una integración sostenible. En tal dirección, un rol importante lo deberá asumir UNASUR con los proyectos que se desarrollan a su interior y que involucran a Guyana y a Suriname, así como los que materializan en PETROCARIBE y en ALBA con otras naciones caribeñas.

BIBLIOGRAFÍA

- CARICOM, (2013) *Incremento del comercio en la Región a consecuencia de la Integración*, documento de la Secretaría General, julio.
- CARICOM, (2007a) *Objetivos de la Comunidad*. Documento informativo de la Secretaría General de titulado. Georgetown, República Cooperativa de Guyana.
- CARICOM (2007) *The Caribbean Community*, Secretaría General de CARICOM. Georgetown, República Cooperativa de Guyana.
- Estay, Jaime (2013) «Ponencia». *Seminario Internacional América Latina y El Caribe hoy, integración y multilateralismo político en un escenario hemisférico cambiante*, mayo, La Habana, Cuba.
- Girvan, Norman (S/F) *Towards a single development vision and the role of a single economy*. <http://www.normagirvan.info>
- Larocque, Irwin (2013) *Mensaje en ocasión del 40 aniversario de la fundación de la Comunidad del Caribe*, Secretario General de CARICOM. Puerto España, Trinidad y Tobago, 4 de julio.
- Machado Ventura, José R (2013) «Información». *Periódico Granma*. Pág. 1. 31 de julio, La Habana, Cuba.
- Simpson Miller, Portia (Primera Ministra de Jamaica) (2013) *Intervención en la sesión solemne para conmemorar el 40 aniversario de la fundación de CARICOM*, Puerto España, Trinidad y Tobago, 4 de julio.
- Martínez Reinoso, Milagros (2007) «La proyección cubana hacia El Caribe».

Revista Temas de Economía Mundial
No. 52, julio-septiembre, La Habana,
Cuba

Mujica, José (2013) «Entrevista»,
Periódico Granma. 30 de julio, La
Habana, Cuba.

Persad-Bissessa, Kamla (Primera
Ministra de Trinidad y Tobago)
(2013) *Discurso al inaugurar la 34*
Conferencia de Jefes de Gobierno de
CARICOM en Trinidad y Tobago, 3
de julio, en Comunicado de Prensa
134/2013 de la Secretaria de
CARICOM.

Piedra Rencurrell, José F. (2007) «El

Caribe anglófono: una aproximación
a sus realidades políticas actuales»
en *Revista Contexto Latinoamericano*
No. 8, octubre-diciembre.

Ramírez Cañedo, Elier y Esteban
Morales Domínguez (2011) «De la
confrontación a los intentos de
'normalización'. La política de los
Estados Unidos hacia Cuba». Editorial
Ciencias Sociales, La
Habana, Cuba.

Williams, Eric (2011) *El negro en el Caribe*
y otros textos Colección Nuestros
Países. Casa de las Américas, La
Habana, Cuba, Pág. 101.